

Grandes desafíos para el sacerdote hoy

Reflexiones sobre la vocación y misión del sacerdote a la luz del Año Sacerdotal

Pedro Barraón

Rector del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum

PARA UN CRISTIANO EL TIEMPO ES SIEMPRE UN TIEMPO DE GRACIA, un “Karriós”, una oportunidad que Dios nos da para recibir su amor y corresponder a su amor, para vivir nuestra vocación profunda que es la de conformarnos con Cristo en su donación total al Padre y a los hombres. Para el sacerdote este año sacerdotal, querido por el Papa Benedicto XVI para conmemorar el 150 aniversario de la muerte de Juan María Vianney, el cura de Ars, patrono de los párrocos y de los sacerdotes, es un tiempo de especial gracia en el que el sacerdote, hombre escogido por Dios para llevar a cabo un ministerio tan elevado, reaviva el don dado con la imposición de las manos.

Los Jubileos en la Iglesia son ocasiones de especiales gracias en los que el Espíritu Santo la renueva en algún aspecto de su misión y de su propia identidad. Es muy bello que la Iglesia haya querido centrar su atención este año en la figura del sacerdote. Normalmente encontramos al sacerdote “al pié del cañón”, cumpliendo su misión propia, viviendo por amor una entrega que por muchos no es comprendida y por otros muchos criticada, cuando no acosada. Con frecuencia los medios de comunicación social sólo lo mencionan para evidenciar sus fallos y fragilidades que puede tener como hombre. Entonces fácilmente se le denigra o se ridiculiza una misión que por muchos no es fácilmente comprendida. Y cómo no lamentar algunos pecados del sacerdote que hieren profundamente al Corazón de Cristo y que escandalizan a los buenos cristianos. Pero ¿por qué callar la fuerza de un testimonio sacerdotal, vivo y santo, del que no se habla, pero es el que da la inmensa mayoría de los sacerdotes católicos. Como hombre que es que lleva un enorme tesoro en vasos de barro, que también es, a pesar de la sublimidad de su vocación, está herido por el pecado y acechado por sus secuelas. Pero al mismo tiempo vive en su vida interior el misterio del dinamismo de la gracia que lo penetra y envuelve su vida en el misterio mismo de Dios, capaz de dejar detrás de él toda una estela de gracia, de

bondad, de bien y de heroicidad que anima a sus hermanos a vivir en la alegrí3a su propia vocaci3n a la santidad.

En medio de la coyuntura de la historia presente, con la complejidad de la globalizaci3n, de una sociedad gobernada por los modernos y r3pidos medios de comunicaci3n, por una cierta confrontaci3n entre sociedad laica y sociedad religiosa por una parte, pero tambi3n por el renacer de ciertos fanatismos religiosos y una marcada indiferencia hacia lo espiritual, propia de una sociedad sacia de s3 misma, el sacerdote que vive su vocaci3n dentro de la historia, se pregunta con frecuencia cu3les son los grandes desafíos que 3l debe afrontar en el momento presente. Ciertamente cada ser humano afronta desafíos muy personales seg3n las circunstancias concretas en la que debe desarrollar su existencia. Me referir3 más bien ahora a aquellos desafíos comunes que, con mayor o menor intensidad, los sacerdotes viven al tratar de ser fieles a su vocaci3n específica.

En primer lugar, un desafío que el sacerdote siempre ha vivido, en cualquier 3poca y circunstancia, pero que se agudiza hoy con especial relieve, es el de *vivir a fondo su propia identidad sacerdotal*. Sabemos la importancia que los estudios psicol3gicos conceden a la conciencia de la propia identidad personal para lograr una plena madurez humana. Quien no es consciente del misterio íntimo de su ser y de su esencia, difícilmente podr3 lograr una plena realizaci3n humana y llevar a cabo en plenitud su peculiar misi3n. Es conocida la crisis de identidad que vivi3 el sacerdocio cat3lico en el inmediato perío3o del post-concilio. Muchos sacerdotes, en una 3poca de crisis cultura aguda, marcada por la contra-cultura de la revoluci3n del ańo 68, se preguntaban a s3 mismo cu3l era su valor ańadido en una sociedad que no encontraba caminos de trascendencia, sino que se orientaba a una liberaci3n naturalista que reducía en muchos casos la misi3n del sacerdote a la de un agente social, a un mero agente de justicia o de otros valores humanos, loables en s3 mismos pero que con frecuencia ignoraban el alcance de una visi3n sobrenatural de la vida y de la sociedad. Muchos sacerdotes se desorientaron. No encontraban su profunda identidad sacerdotal, su especificidad de frente a los laicos. Buscaban un punto de apoyo en algo externo a s3 mismos. Querían compartir los sufrimientos del mundo obrero y hacerse obreros con los obreros, pero la gente los quería no sólo como obreros, sino como sacerdotes. Emblem3tico es el caso del sacerdote-obrero franc3s a quien sus dem3s compańeros obreros le dijeron que les había dado mucho gusto que compartiera con ellos la experiencia obrera, pero que ellos lo necesitaban como sacerdote y le ofrecieron

pagarle un salario para que se dedicara por completo y en modo exclusivo a su ministerio sacerdotal¹.

La imagen del cura de Ars es modelo para todo sacerdote de identidad sacerdotal. El santo cura se extasiaba ante la grandeza de lo que significa ser sacerdote: “¡Qué grande es el sacerdote! Si lo comprendiéramos, moriríamos. Dios le obedece: dice dos palabras y Nuestro Señor desciende del cielo y a su voz y se encierra en una pequeña hostia”². El sacerdote que se reconoce como el administrador de los misterios de Dios (1 Co 4, 1-2), que sabe que ha recibido los bienes de la salvación para distribuirlos a los hombres sus hermanos, no se perderá en consideraciones naturalistas o sociológicas vanas y estériles que le hacen perder la esencia de su ser mismo y lo desorientan en aquello que es más profundo en la esfera más íntima de su ser. Reencontrar en el interior de su alma el misterio de la llamada divina, don y misterio, es un desafío siempre actual para el sacerdote. El año sacerdotal es una gracia particular para que él encuentre en esa llamada divina la razón de ser de su vida y de su destino.

2. En relación con el anterior desafío –vivir a fondo la propia identidad sacerdotal- se encuentra otra prioridad del sacerdote de todos los tiempos: *vivir su vocación con fervor y entusiasmo*. El sacerdocio es una exigencia de fervor. La vida cristiana es ya en sí misma una exigencia de fervor, una llamada a la santidad, a vivir el gran mandamiento del amor en la doble dirección vertical hacia Dios y horizontal hacia el prójimo, pero el sacerdocio lo es todavía más porque el don recibido ha sido mayor y la responsabilidad que va unida a este don es por lo tanto más alta. El sacerdote es alguien que, como S. Pablo, trata de alcanzar la estatura de Cristo: “Yo busco de alcanzar a Cristo del cual yo mismo he sido alcanzado. Yo todavía no lo he alcanzado. Es necesario que siga corriendo” (Fil 3, 12-14). Esta búsqueda constante de Cristo con todas sus fuerzas puede crear en el sacerdote una cierta fatiga acumulada, un deseo de encontrar una vida menos agitada –externa o internamente-, una vida que se parezca más a la de los demás. Al sacerdote fiel, Dios no le da tregua en el modo de vivir su vocación: él sabe que no la puede vivir con mediocridad. Es cierto que los frutos espirituales de la distribución de los sacramentos vienen, según la teología católica, “ex

¹ Testimonio recogido en el libro de JACQUER LECLERQ, *Le prêtre devant Dieu et devant les hommes*, Castermann, p. 173.

² *Le curé d'Ars. Pensées*. Présentés par l'abbé Bernard Nodet, Desclée de Brouwer, Paris, 1997, p. 97.

opere operato”, pero tambi3n es cierto que la santidad del ministro juega un papel important3simo en la distribuci3n eficaz de la gracia. El sacerdocio no se puede vivir a baja temperatura. Pablo VI, en un bell3simo discurso al clero, cuando 3l era todav3a arzobispo de Mil3n, dec3a a un grupo de presb3teros: “el sacerdocio o es vivido a alta temperatura, y entonces es algo bell3simo que llena el coraz3n de alegr3a, o se vive a una temperatura baja y tibia y entonces es algo pesad3simo”³.

El sacerdote debe vivir en una permanente renovaci3n del esp3ritu. 3l es el hombre que pone en la sociedad humana la inquietud de Dios, la espada del Esp3ritu. No se puede conceder a s3 mismo espacios de tibieza que lo har3an alejarse de su vocaci3n de hacer prender fuego a la tierra. El sacerdote debe estar siempre ardiendo en caridad, pues el amor de Cristo le urge. Por ello es muy necesario que pida con humildad la gracia del fervor como un especial don divino y que lo cultive con una vida interior en la que el contacto con Cristo alimente diariamente su llama espiritual. Existe una gran diferencia entre un sacerdote fervoroso y un sacerdote que vive a mitad su sacerdocio. El primero arrastra a las almas, es capaz de suscitar grandes obras, de inspirar grandes anhelos de santidad. El segundo vivir3 su sacerdocio m3s o menos frustrado y quiz3s cause en los dem3s una cierta pena como cuando vemos una bella flor marchita. En cambio cuando el fervor anima el coraz3n del sacerdote en su oraci3n, en su actividad, en todo su ser, una irradiaci3n nueva inunda el mundo y toca especialmente a quienes lo rodean. Gracias a Dios existen muchos de estos sacerdotes fervorosos que viven muchas veces en el silencio de una misi3n peque1a con un coraz3n muy grande. Tarea del a1o sacerdotal ser3 tambi3n la de reavivar en el coraz3n de todos los sacerdotes este deseo de vivir el fuego del amor de Cristo en el mundo. S. Juan Mar3a Vianney defin3a al sacerdote como “el amor del Coraz3n de Jesucristo”. El sacerdote est3 llamado a reflejar en su vida el fuego de este amor con vehemencia de apasionado.

3. Un tercer desaf3o del sacerdote es *vivir su misi3n en un mundo secularizado* que con frecuencia rechaza lo religioso y al sacerdote como su personificaci3n. La misi3n del sacerdote se identifica con la de Cristo: hacer llegar el amor misericordioso y salvador del Padre a todos los hombres, anunciando el Evangelio sin temores y llevando a las almas la gracia de Cristo a trav3s de la administraci3n de los sacramentos. Con frecuencia la

³ *Il nostro sacerdocio. Il presbitero nel Magistero dell'arcivescovo Montini*, a cura di ETTORE MALNATI, Ed. Rogate, Roma, 2009, p. 161.

predicación y anuncio del Evangelio son obstaculizados por una cultura que deja en silencio todo lo referente al mundo sobrenatural. El sacerdote tiene que ser, con su vida, con su palabra, con todo su ministerio, un testigo de la belleza de Dios, de su verdad y de su amor. No puede renunciar a esta misión ni cambiarla por otras más fáciles o más comprensibles a una mentalidad secularizada.

Fuerte obstáculo a esta misión lo presenta hoy lo que Benedicto XVI llamaba la “dictadura del relativismo”, esa corriente filosófica de pensamiento, que después se hace vida y conducta de todos los días y que niega la existencia de verdades y de valores absolutos. Todo lo que el hombre conoce y todo lo que él hace, todo lo que toca, es relativo al espacio y al tiempo en que está insertado. Ciertamente algo de verdad existe en esta afirmación en cuanto que nuestra existencia humana son fugaces y no pueden dejar de ser espacio-temporales. Pero una visión más amplia del hombre, la que da el cristianismo, nos abre los horizontes infinitos de Dios que viene en busca de la contingencia humana. El hombre es limitado en cuanto que es criatura pero al mismo tiempo está abierto a lo absoluto de Dios. Cuando Dios desaparece de su horizonte vital, entonces el hombre aparece como un ser perdido, insignificante, incluso marginal en un universo material que parece caminar movido por las ondas inciertas del azar. El sacerdote, hombre de la trascendencia, hombre de Dios, *homo Dei*, tiene la misión de predicar la Palabra de la verdad, la palabra salvadora, la Palabra Encarnada que saca al hombre de su pequeñez y lo conduce a la infinitud misma de Dios. El sacerdote encarna una nueva visión del hombre, no la que da una filosofía escéptica relativista o pesimista, sino la que da una revelación superior que nos ha llegado a través de quien es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre. En Cristo se superan las antinomias del hombre y Él es capaz de dar sentido al vivir y al morir humanos. El sacerdote tiene la misión intemporal de anunciar a Cristo, su palabra, su mensaje y su gracia a un mundo que, por motivos diversos, prefiere vivir de lo inmediato, lo relativo y lo pequeño, renunciando a la grandeza de su dignidad y de su vocación.

Ello supondrá que el sacerdote tiene que asumir el riesgo de la impopularidad, de aceptar ser signo de contradicción, de hacer verdad en su vida las palabras del Señor: “En el mundo tendréis tribulación. Pero tened confianza: yo he vencido al mundo” (Gv 16, 33).

Sería un error querer resignarse a vivir en un mundo secularizado, sin querer introducir en él la semilla transformante del Evangelio, viviendo según el espíritu de este mundo. Ello sería renunciar a ser luz del mundo y

sal de la tierra. Entonces el sacerdote ya no sería un promotor del Evangelio sino simplemente se dejaría fagocitar por el mundo. Hay en el cristianismo y más en concreto en la vida del sacerdote un elemento de oposición a la mentalidad del mundo, hay ínsita en su esencia un combate, como S. Pablo les recordaba a los Efesios: “¡En pie, pues, ceñida vuestra cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados los pies con el celo del evangelio de la paz, embrazando siempre el escudo de la fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, pues, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios, siempre en oración y súplica” (Ef 6, 14-17). Si fuéramos del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero el sacerdote no es del mundo, sino de Dios y por eso encontrará oposición, más o menos velada, a la realización de su misión.

4. Otro desafío importante con el que se enfrenta el sacerdote actualmente es el de ser *un verdadero apóstol de Cristo*. La angustiada exclamación de S. Pablo: “¡Ay de mí si no predico el Evangelio!” (1 Cor 9, 16) debe hacerla suya en el momento actual todo sacerdote. S. Juan María Vianney decía que la Palabra divina es uno de los más grandes dones que Dios nos ha dejado. La ha dejado a todos los cristianos pero de modo especial al sacerdote que es su predicador oficial. El sacerdote no puede renunciar a ser un proclamador incansable del Evangelio de Jesucristo: ¿Cómo creerán si no han oído? (Rom 10, 14).

Por el ello el sacerdote de hoy y de siempre ha de ser un incansable predicador de la palabra divina. El cura de Ars decía: “El medio más seguro para alumbrar el fuego del amor a Nuestro Señor en el corazón de los fieles, es explicarles el Evangelio, este libro de amor donde Nuestro Señor se muestra en cada línea en la amabilidad de su dulzura, de su palabra, de su humildad, siempre como consolador y amigo del hombre, hablándole sólo de amor y invitándolo a darse todo entero a El y a responderle por el amor”⁴. La predicación de la Palabra divina el sacerdote la realiza a través de la catequesis, las homilías, los cursos de formación, la dirección espiritual, la administración de los sacramentos, especialmente el de la reconciliación. El sacerdote no puede dejar de predicar esta palabra, a tiempo o a destiempo, porque es el hombre del Evangelio, el hombre que por vocación y ministerio está encargado de sembrar la buena semilla en el alma de los fieles.

⁴ *Pensées*, p. 123-124.

Renovar en el corazón del sacerdote su conciencia de ser apóstol es una verdadera necesidad porque si el sacerdote no se considera apóstol, un enviado de Cristo al mundo para continuar en él su obra salvadora, caerá fácilmente en la tentación de desvirtuar su misión, esencialmente trascendente, para cambiarla por otras que no son suyas. Cuando el sacerdote pierde esta conciencia entonces fácilmente podrá caer en la costumbre de una vida dedicada a tareas administrativas o de organización, olvidando que su esencia profunda es la de ir al mundo a predicar el Evangelio. Si en el corazón del sacerdote arde el amor por la salvación de los hombres, sus hermanos, fácilmente nacerán iniciativas de todo tipo para poder realizar esta misión. Los grandes modelos sacerdotales en la historia se han distinguido siempre por este celo devorador, reflejado en el lema de S. Juan Bosco: “Da mihi animas, coetera tolle”, o en la actividad incansable de un S. Francisco de Sales en su evangelización de su diócesis, amenazada por el crecimiento de los protestantes calvinistas o el de un S. Carlos Borromeo en sus extenuantes visitas pastorales a la extensa diócesis de Milán o la de un S. Rafael Guízar Valencia en sus misiones populares en su diócesis de Veracruz, en medio de un gobierno hostil a la Iglesia.

Los grandes enemigos del apóstol son el miedo, la rutina y la pereza. Estos enemigos podrían paralizar al sacerdote en su ministerio y es fácil, sin un profundo espíritu de oración contemplativa, que alimenta el celo apostólico, caer en estos escollos. Quien tiene a Cristo en su corazón superará estas barreras y se sentirá llamado constadamente a anunciarlo, como Buena Nueva salvadora, a sus hermanos.

Un gran modelo de apóstol lo tienen los sacerdotes en el apóstol Pablo quien no escatimaba ningún sacrificio con tal de poder predicar a Cristo. En su carta a los corintios, él explica que, aun siendo libre, se hizo esclavo de todos para ganar para Cristo al mayor número de hombres; judío con los judíos para ganar a los judíos, gentil con los gentiles para ganar para Cristo a los gentiles, débil con los débiles para ganar a los débiles: “Me he hecho todo a todos para que a todos puede llegar la salvación” (1 Co 9, 22).

6. Otro gran desafío para el sacerdote es vivir a fondo su vocación de ser *ministro de la misericordia* para con sus hermanos. Este ministerio el sacerdote lo vive de modo especial como ministro del sacramento de la reconciliación. El él, el sacerdote es Padre y Maestro, Juez misericordioso, Buen Pastor para sus hermanos. Es conocido de todos cómo el santo cura de Ars se entregó de modo infatigable a este ministerio y cómo aquél, a duras penas superó el examen previo a la ordenación sacerdotal, hasta tal

punto que los superiores duraron seriamente si admitirlo a las sagradas órdenes, se convirtió en su país, asolado por los desastres religiosos y humanos de la revolución, en un punto de atracción capaz de converger hacia Ars a personas de todo tipo, que buscaban en el humilde cura de este pueblo, desconocido hasta entonces, el bálsamo espiritual que curaría las profundas heridas de sus espíritus. Cuando en 1818 el Vicario General de su diócesis lo envió a Ars como vice-párroco le advirtió: “No hay mucho amor en esa parroquia, tu le infundirás un poco”. Fue a través el asiduo y abnegado ministerio de la penitencia como el cura de Ars trató de encender el fuego del amor de Dios en los corazones de sus parroquianos. Solía pasar de once a doce horas diarias en el confesionario. Pronto comenzaron a venir a confesión personas de los pueblos cercanos y más tarde de toda Francia. En 1845 llegaban diariamente a este pueblo entre 300 y 400 visitantes con la ilusión de poder recibir la absolución sacramental de manos del cura de Ars. “En el En el sacramento de la Penitencia, Dios parece olvidar la justicia para sólo manifestar su misericordia”, decía, “pues su mayor placer es podernos perdonar”⁵. “El buen Dios sabe todas las cosas. Desde antes, sabe que después de que se han confesado, pecarán de nuevo y sin embargo les perdona. ¡Qué amor el de Nuestro Señor que va hasta olvidar voluntariamente el futuro para perdonarnos!”⁶. Una persona como Juan María Vianney que había penetrado profundamente en el corazón de Dios no podía no contemplar en él su misericordia como uno de los atributos que mejor lo definen en su relación con el hombre pecador. El sabía que “la misericordia divina es como un torrente desbordado: arrastra a los corazones cuando pasa”⁷.

A pesar de que la sensibilidad actual es más propensa a considerar a Dios como Padre misericordioso que en tiempos del cura e Ars, sin embargo todavía quedan en la mentalidad colectiva la imagen de un Dios que castiga la menor de las faltas y por lo tanto el hombre con frecuencia huye de Dios porque no confía en su misericordia o no la cree de tal modo grande que es capaz de rehacer por completo una vida marcada por el pecado. El sacerdote es un ministro de esta misericordia divina y, aunque tendrá que explicar que la misericordia divina no puede ser una excusa pecar con facilidad, al mismo tiempo sabrá manifestar en su propia vida esa actitud misericordiosa que acercará las personas hacia el Dios Padre de misericordia.

⁵ *Pensées*, p. 128.

⁶ *Pensées*, p. 130.

⁷ *Pensées*, p. 129.

El hombre moderno sufre en su espíritu numerosas heridas que los métodos de terapia psicológica no son capaces de curar en profundidad porque no tocan sólo el nivel psicológico sino ese otro nivel, todavía más esencial, que llega hasta las profundidades del alma. Gracias a Dios, se nota en la Iglesia, al menos en algunos lugares, un nuevo aprecio por este sacramento, como se ha manifestado por ejemplo en las últimas jornadas mundiales de la juventud o en otras loables iniciativas pastorales, pero queda todavía mucho camino por recorrer para mostrar al mundo el rostro misericordioso de Dios Amor. Los sacerdotes según el corazón de Cristo podrán manifestar el rostro misericordioso del Padre y facilitar a su casa a numerosos hijos pródigos que anhelan el abrazo del Padre.

7. Finalmente, otro gran desafío para el sacerdote es *recuperar la credibilidad* perdida frente a algunos escándalos de comportamientos sacerdotales, sobre todo referidos a abusos sexuales a menores, que han empañado mucho la imagen pública del sacerdote en ciertos países. Desgraciadamente y con mucho dolor hay que reconocer la verdad de algunos de estos hechos que hieren profundamente a la Iglesia, al corazón de Dios y a los fieles. Hieren también el prestigio y la credibilidad del mismo sacerdote. Alguna de estas noticias, presentados por los medios a veces con una cierta morbosidad, no responden sin embargo a la verdad y son falsas acusaciones. Otras veces en cambio se trata de hechos reales con graves consecuencias morales para las víctimas y para la comunidad cristiana.

Todo esto hace más urgente otro desafío —que para nosotros será el último— con el que se enfrenta el sacerdote y es la fidelidad a la promesa de celibato. La Iglesia latina ha vuelto a reafirmar en diversas ocasiones su voluntad de mantener la antigua ley del celibato para los sacerdotes. Pablo VI afirmaba que: “El celibato sacerdotal, que la Iglesia custodia desde hace siglos como perla preciosa, conserva todo su valor también en nuestro tiempo, caracterizado por una profunda transformación de mentalidades y de estructuras”⁸. Como el mismo Papa señalaba en la encíclica *Sacerdotalis Caelibatus*, la luz decisiva para comprender las razones de la Iglesia para conservar esta sagrada ley para el sacerdote en la Iglesia latina, es aquella que viene de la fe. Otras razones, que producen de una mentalidad naturalista que no tiene en cuenta esta visión superior que procede de la revelación, son incapaces de ver la belleza de este misterioso carisma: “No todos entienden esta palabra, sino sólo aquellos a quienes le ha sido revela-

⁸ *Sacerdotalis Caelibatus*, n. 1.

do” (Mt 19, 11), dijo Jesús hablando del matrimonio monógamo, antes de declarar también que hay eunucos que se hacen tales por el Reino de los cielos (Mt 19, 12). Pablo VI señaló claramente los motivos cristológicos, eclesiológicos y estacatológicos que mueven a la Iglesia a conservar esta disciplina que tantos frutos han dejado en la santidad sacerdotal y en bien del Pueblo de Dios.

En un mundo erotizado donde se reciben de todas partes continuos estímulos sexuales, la vivencia del celibato sacerdotal requiere una honda formación espiritual, psicológica y afectiva. La cuestión de la madurez afectiva del sacerdote ha sido tratada con frecuencia en los últimos años desde varias perspectivas y con visiones a veces contrastantes. La Iglesia siempre ha creído en la posibilidad real de la naturaleza humana, apoyada en la gracia divina, de vivir una auténtica realización humana y por ende también afectiva en el celibato “propter Regnum coelorum”. Ya el Concilio Vaticano II había puesto en guardia a los religiosos para que no se dejaran llevar por las falsas doctrinas que “presentan la continencia perfecta como imposible o nociva a la plenitud humana”⁹ y había reafirmado para los presbíteros la ley del celibato en la Iglesia latina¹⁰.

No quiero entrar en este momento a tratar cuestiones delicadas relativas a la vivencia del celibato y a la madurez afectiva. Sólo quisiera poner de relieve un aspecto importante y es su fecundidad apostólica, pues por el celibato los sacerdotes se consagran a Cristo de una forma nueva y exquisita uniéndose a Él con un corazón indiviso y por ello se pueden dedicar más libremente a Él y por Él al servicio de Dios y de los hombres, ayudando a la obra de la regeneración sobrenatural del mundo. Un sacerdote fiel a su celibato, dentro de las normales luchas que esta exigencia impone, es sin duda un faro de luz en un mundo que parece obsesionado por una visión erotizada del cuerpo humano y presenta, en su forma y estilo de vida, la belleza de la castidad sacerdotal, como expresión suprema del amor a Dios y de la disponibilidad para el servicio de los hermanos.

De frente a las dificultades anteriormente mencionadas y que han empañado ante la sociedad la imagen del sacerdote en algunos países, es urgente que el sacerdote reafirme su deseo de fidelidad a Cristo en la vivencia fiel, alegre y generosa de su castidad sacerdotal. Muchos son los medios que la Iglesia recomienda al sacerdote para que sea fiel a este sagrado compromiso, entre los que destacan la asidua recepción de los sacramen-

⁹ *Perfectae Caritatis*, n. 12.

¹⁰ *Presbiterorum Ordinis* n. 16,

tos, especialmente la confesión. Pero un medio particularmente oportuno para los tiempos actuales en los que al movimiento de globalización y de aumento de las redes de comunicación se conjuga con el aumento de la soledad personal y de la falta de verdadera e íntima comunión fraterna con el hermano, es el de la caridad fraterna sacerdotal. El amor sincero entre hermanos que comporten el mismo don y la misma misión en la Iglesia es de gran ayuda para vivir con garbo el compromiso de celibato. Numerosas iniciativas surgen en este sentido que ayudan al sacerdote diocesano a vivir su espiritualidad específica en profunda comunión con su obispo y sus hermanos sacerdotes. Estas iniciativas, que asumen diversas formas según los países, son sumamente loables y se muestran como un medio privilegiado para que el sacerdote viva en plenitud la maravilla del carisma del celibato.

Concluyo estas sencillas reflexiones en torno a los desafíos que encuentra el sacerdote en la vivencia de su ministerio, recurriendo a la frase que puede resumir en parte la vida de otro gran sacerdote en el que muchos sacerdotes en los últimos años han inspirado su propio sacerdocio: el Papa Juan Pablo II. Al inicio de su ministerio petrino él quiso hacer referencia a las palabras de Cristo resucitado a las mujeres que lo iban a visitar al sepulcro la mañana del día de la resurrección: “¡No tengáis miedo!”. Esas palabras ayudaron a muchas personas a recuperar la confianza en su propia fe y en la vocación y misión de la Iglesia. Son las palabras del resucitado a mujeres que lloraban la muerte de su querido maestro y preocupadas por la suerte de su pequeña comunidad, totalmente quebrantada por la muerte brutal de que había sido objeto. Así como ellas fueron alentadas por estas palabras del Señor de la historia que, con su resurrección se presentada como el auténtico árbitro de los destinos del hombre, más allá de las contingencias históricas, por más sombrías que éstas se puedan presentar, así el sacerdote, oyendo estas palabras del Señor a quien él ha confiado su vida y por quien vive y está dispuesto a morir, recuperará la confianza en la grandeza de su vocación y de su misión al servicio de la Iglesia y de sus hermanos.